

NATASHA PRESTON

LA
HUIDA

BIENVENIDOS A UN
JUEGO MACABRO

CROSS
BOOKS

NATASHA PRESTON

**LA
HUIDA**

**CROSS
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Lost*
© del texto: Natasha Preston, 2019
© de la traducción: Víctor Ruiz Aldana, 2021
Traducción publicada por medio de acuerdo con Random House
Children's Books, una división de
Penguin Random House LLC.
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-08-24554-4
Depósito legal: B. 11.323-2021
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Diez fugitivos. Así se refiere a ellos la policía.

Ya van diez adolescentes que desaparecen este año en nuestro pueblo, y no estamos más que a junio.

Miro por la ventana de esta cafetería decrepita, cuyas paredes magnolias, pálidas y desconchadas, le dan un aspecto que roza la apatía. Pero la comida es buena. Es verano, pero parece que al tiempo no le ha llegado el aviso. El cielo está cubierto por unas nubes de color gris oscuro y amenaza llover. Lleva así todo el día, con alguna llovizna aquí y allá. Una lluvia que desaparece a la misma velocidad a la que aparece. Tenemos por delante unas largas vacaciones de verano antes de empezar el último curso, pero poco vamos a poder divertirnos si el tiempo sigue a lo suyo.

—Piper, otro más para la lista —me comenta Hazel, enseñándome una noticia en el móvil desde el otro extremo de la mesa. Se pasa por detrás de las orejas los largos mechones de pelo oscuro y rizado—. Mira.

El undécimo fugitivo.

«Ya van once.»

—¿A quién le ha tocado esta vez?

—Lucie Bean, dieciséis años. Ronda nuestra edad, para

variar. Vive como a treinta minutos de aquí. Hace dos días que la vieron por última vez en la entrada del Huck's Café con unos amigos. Dicen que se marchó sola, pero nunca llegó a casa.

Vivimos en Mauveton, un pueblo de 5.839 habitantes. La densidad de población es altísima, pero el pueblo en sí es minúsculo y hay poco que hacer; además, la ciudad más cercana está a más de una hora de aquí, lo que lo convierte en uno de los lugares más aburridos del planeta.

Sin embargo, once fugitivos en seis meses no son moco de pavo.

Todos se han desvanecido sin dejar rastro.

—¿A qué insti iba Lucie, Hazel?

—Al St. Drake.

—Uf. ¿No es como la tercera persona que desaparece en ese insti? —Me muerdo el labio mientras cojo el móvil para leer el artículo completo.

—¿Lo dices por algo en particular? —me pregunta con recelo, y entrecierra los ojos.

—Lo digo porque es cuestión de tiempo que desaparezca alguien con quien hayamos ido a clase.

El porcentaje de gente que se va de este pueblo dejado de la mano de Dios siempre ha sido alto, pero durante el último año la cosa ha ido a peor. Y mucho.

Hazel deja el móvil en la mesa y coloca las manos a ambos lados de su plato de patatas fritas, que es lo que ha pedido para desayunar. Qué asco.

—¿En serio crees que han desaparecido? ¿Que alguien los ha secuestrado y que no se han fugado sin más?

—La gente que decide irse de aquí suele esperar hasta los dieciocho. La cifra de jóvenes «fugitivos» se está multiplicando. ¿No te parece que hay algo aquí que huele muy mal?

Le da un mordisco a otra patata frita y se la traga.

—Puede, pero la policía no opina lo mismo.

Me encojo de hombros ante aquel comentario.

—Ya, y seguramente saben más que yo.

—Yo qué sé... ¿Y si tienes razón? ¿Y si ni siquiera se han planteado que pueda estar pasando algo extraño? —Ahora le ha dado por ejercer de abogada del diablo.

Aunque tuviera razón, ¿qué se supone que podemos hacer al respecto? Por mucho que me gusten las películas y las series de misterio, no estoy cualificada para ponerme a buscar gente que ha desaparecido en la vida real.

Que posiblemente ha desaparecido.

—¿Y qué recomendaciones que hagamos, Hazel?

—Pues... podríamos intentar encontrarlos.

Claro, pan comido.

—¿Cómo?

—Comportándonos como adolescentes normales. —Arquea las cejas y me mira triunfante—. Tenemos que ir a fiestas y quedar con ellos..., donde sea que queden.

—No te sigo.

Pone en blanco sus ojos de un marrón oscuro.

—Para encontrar adolescentes, debemos vivir como tales. O sea, como adolescentes estereotipado. Creo que nosotras no contamos.

Hazel no iba tan errada. Ni ella ni yo éramos personas extrovertidas. Nos pasábamos la vida en su casa o en la mía, tragándonos comedias románticas, *thrillers* e inquietantes películas de misterio.

—No, no contamos para nada —convengo.

—Pues tendremos que darle la vuelta.

—¿Por qué? O sea, ¿a qué viene ahora que quieras investigar todo esto, Haze?

Inclina la cabeza a un lado y responde:

—Ya me dirás qué vamos a hacer durante el verano si no.

Pues nada. Tal vez no encontremos nada, pero quizá demos con el lugar al que se ha fugado toda esta gente.

Sea como sea, puede que acabemos disfrutando de un verano la mar de decente en vez de pasarnos todo el santo día encerradas en casa.

No era fácil ignorar la llamada de la vida social, por ínfima que fuera. De hecho, probablemente nos iría bien salir un poco. Puede que nos estuviéramos perdiendo cosas sin salir de casa y sin más compañía que nosotras mismas.

—Venga, va. Me apunto.

—¡Toma! —exclamó Hazel—. Uy, ¿te imaginas que acabamos descubriendo la guarida de un asesino en serie?

—No, no creo que encontremos nada, pero al menos terminaremos el verano sabiendo que hemos absorbido un poco de vitamina D y que no somos unas fracasadas de pies a cabeza. Algo es algo, ¿no?

Hazel hundió los hombros.

—Ay, Pipes, ¿estás hoy que ves el vaso medio vacío o qué?

—No. Te digo en serio que esto es más gordo que cuatro adolescentes huyendo del pueblo, pero no creo que vayamos a vernos envueltas en ninguna especie de drama criminal. No tenemos ni idea de lo que vamos a hacer, y, si la policía no es capaz de encontrar nada, nosotras no vamos a tener más suerte.

—Vale, pero necesito que te comprometas a tope. Lo suyo es empezar con todo el optimismo posible.

—Que sí, lo que quieras. Vamos a pillar al asesino —dije para que se callara.

—¡Así se habla! —Coge otra patata. Yo he pedido un par de pastelitos y un café. Hazel, patatas fritas y un té—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Por el lago? —propongo.

Abre mucho los ojos, como si se hubiera dado cuenta de

repente de todo lo que va a implicar la cosa esta de tener vida social.

—¿En serio podemos ir al lago?

—No es una propiedad privada. ¿Por qué no vamos a poder ir?

—Porque no hemos ido nunca. Nunca nos han dicho si queríamos ir.

—Hazel, es un lago público. No hace falta que te invite nadie.

Entiendo por qué lo dice. Los pasillos del instituto resueñan con charlas relacionadas con el lago. Cualquiera persona con cierto estatus se pasa allí los fines de semana. Y, en verano, casi todas las noches entre semana.

Sin embargo, a Hazel y a mí no nos lo han propuesto jamás. Tampoco nos lo hemos propuesto entre nosotras. Necesitamos una vida, pero ya.

—Vale —le digo, y me saco una goma del bolsillo para atarme los largos cabellos oscuros en la coronilla—. ¡Al turrón! Nos vemos en el lago esta noche. Y, por favor, no montes un numerito.

Esboza un falso gesto de ofensa.

—No entiendo por qué lo dices, la verdad.

—Y por eso me preocupa. Ya sabes que no puedes evitar decirle a la gente a la cara lo primero que se te pasa por la cabeza, y eso es algo que a veces no le mola a todo el mundo. No voy a estar siempre contigo para sacarte las castañas del fuego.

—Ah, bueno, pero esta noche sí que estarás.

—Sí, pero compórtate.

Levanto una ceja como advertencia.

Ya solo nos falta que nos den de lado el primer día que probamos a presentarnos en sociedad. Aunque, honestamente, tampoco sé cómo nos van a recibir.

La molesta campanilla de la cafetería repiquetea por la fuerza con la que alguien ha abierto de par en par la puerta.

Hazel y yo miramos hacia la entrada al mismo tiempo y vemos a dos guaperas de la universidad entrar en la cafetería con una ropa que probablemente cueste más que el coche de mis padres.

Creo que se llaman Caleb y Owen. Los conozco porque sus multimillonarios padres forman parte de una organización que dona muchísimo dinero a varias obras benéficas del pueblo.

Viven en una urbanización a pocos kilómetros, con otras familias ricas, y solo vienen a esta zona del pueblo para hacer donaciones.

¿Irán a donarle algo a la cafetería? Que no es que le vayan a hacer ascos, pero no es precisamente una organización sin ánimo de lucro.

Hazel tuerce el cuello para examinarlos con detenimiento. De hecho, no hay ni un alma en la cafetería que no esté haciendo lo propio. Yo echo un vistazo por encima del hombro cuando se acercan al mostrador. No consigo entender lo que dicen, y eso que el silencio es tan sepulcral que podrías oír el chillido de un ratón.

Un minuto más tarde, les sirven dos tazas de café. Justo en el momento en que se dan la vuelta para irse, yo miro de nuevo al frente y aprieto mucho los labios.

«Mierda.» Espero que no me hayan visto observándolos.

Noto un calor infernal en las mejillas y Hazel me mira ojiplática. No sé si intenta decirme que me han pillado de pleno o si se ha quedado maravillada con las hermosas siluetas talladas de sus elegantes peinados a juego.

¿Qué productos usarán para que les brille tanto el cabello?

Pasan por nuestro lado y, con el rabillo del ojo, veo que uno de ellos gira la cabeza para mirarme. ¿Qué hago?

En contra de lo que habría sido sensato, le devuelvo la mirada y me encuentro unos ojos azules y cristalinos escrutándome sin ápice de vergüenza o disculpa. Estoy bastante segura de que yo no transmito lo mismo. Creo que el chaval que me está observando es Caleb. Los dos son rubios y tienen el pelo corto y caído hacia un lado. Ambos van con unos pantalones azul marino impolutos y unas camisas remangadas hasta los codos. Es como el uniforme oficial de niño rico.

Caleb inclina un poco la cabeza mientras me mira y los mechones rubios se le descolocan durante una fracción de segundo. Y se va.

La campanilla vuelve a sonar cuando abren y cierran la puerta.

Dejo escapar un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo y me doy cuenta de que me he mareado por la falta de oxígeno.

—Perdón, ¿lo has visto? ¡Te ha mirado! —exclama Hazel—. O sea, en plan *heavy*. Y, amor, sabes que te adoro, pero tienes el pelo hecho un desastre.

—Gracias —mascullo con sarcasmo.

Dejo en el plato el pastelito que me quedaba. Después de lo que ha pasado, he perdido el apetito. No creo que Caleb me estuviera mirando realmente a mí, ¿no? Pero, bueno, da igual. Soy demasiado joven para él.

—Vamos a por las bicis. Tengo que volver a casa y ver qué me pongo esta noche —digo.

Hazel se levanta.

—No te olvides de arreglarte el pelo.